

LA UNION, LA EUCARIS

Unidad, esa cosa tan difícil y urgente.

Tan difícil y tan urgente y tan trascendental.

Tan urgente, porque Cristo dijo que en eso se distinguirían los suyos, sus discípulos.

No dijo que en eso debían distinguirse. Sino que, de hecho, buscando esa unión podría reconocerlos un tercero.

Una señal discriminativa. Como cuando mandó a su pueblo cautivo marcar con un aspa de sangre las puertas de sus casas. Así los podría reconocer el ángel y se librarían del exterminio.

Un distintivo como éste. Tan decisivo. Claro, que mucho más sutil, más difícil. Y desde luego, de ninguna manera convencional.

Difícil, por tantas cosas. Porque nos ciega el presente, y nos atemoriza el porvenir. Y, sobre todo, porque somos egoístas. Tremendamente egoístas e irresponsables.

Y porque siendo difícil es a la vez urgente e imprescindible, es también tan trascendental.

Una tarea común

“Sólo entre todos los hombres llega a ser vivido lo humano”, nos dijo Goethe.

Enlazó a todos en una hermosa y apasionante tarea común. Repartió el dolor, y la pasión, y la miseria, y el amor, para recomponer en una suma de aportaciones individuales el gran imponderable de lo humano.

El programa de San Pablo es incomprendiblemente sublime. No es su fin vivir lo humano sino conquistar lo di-

vino. Tampoco desvaloriza el sentido personal de nuestra relación trascendental a ese divino. El factor definitivo de lo que hemos venido en llamar nuestra aventura, es algo esencialmente íntimo e individual.

Pero esa aventura, personal, de cada uno, tiene una función específica en la marcha de una mística estructura.

Estructura en la que estamos enraizados como miembros. Fuera de la cual, no tiene valor alguno nuestra tarea personal. En la que está también enraizado Cristo como miembro principal, como cabeza.

La incorporación a esta estructura, la Iglesia, no es un mero requisito jurídico. Tampoco una filigrana ascética. Ni una especie de espiritual simpatía. Ni lo que pudiéramos llamar una incorporación existencial. Es algo tan definitivo como la vida y la muerte.

Pertener al espíritu de Cristo es imprescindible para estar vivificado por Él. Pero un espíritu sólo vivifica a su cuerpo. Es interesante seguir el razonamiento de SAN AGUSTIN en una de sus ágiles y cautivadoras argumentaciones. “¿Acaso mi cuerpo vive de tu espíritu?” (1).

El sentido de la eucaristía

Un banquete, una comida en común, tiene en la vida social un significado y un valor de solidaridad indiscutible.

Por eso San Pablo prohíbe participar en los banquetes de “idolotitas” (2). Expresaban la consumación de lo sacrificado y comunión con el culto idolátrico. Incompatible para los que habían confirmado su comunión participando en el sacrificio del Cuerpo y Sangre de Cristo.

TIA Y EL CONGRESO

Luis F. Mendieta, S. I.

Una ascética utilitarista de pérdidas y ganancias y una espiritualidad ego-céntrica, reducen la Eucaristía a un factor más para nivelar balances espirituales; un simple resorte para acelerar las alzas y contener o prevenir las pérdidas. Ese momento de íntima unión personal, es, desde luego, de un valor imprescindible. Pero tal vez, hemos olvidado con frecuencia otra dimensión universal de la Eucaristía: su potencial unificante decisivo.

Una fe, una esperanza, un Dios, un destino, una jerarquía.

Y un bautismo que señala a todos con la marca común, incorpora a la Iglesia e injerta en la vida de Dios. Fundamento en la unión del Cuerpo Místico.

Y un mismo pan, símbolo y elevador de solidaridad entre los que lo participaron en una común mesa (3).

Con los hombres en Jesucristo

No es un simple símbolo surgido de un caprichoso convencionalismo social. San Pablo quería expresar algo más íntimo cuando hablaba de la Koinonía

(4) en la Sangre y Cuerpo (5). Eso tan definitivo, en cualquiera de cuyas interpretaciones posibles hay una exigencia de comunidad. "Porque un pan... un cuerpo".

Sacramento de unidad llamaba a la Eucaristía SAN IGNACIO DE ANTIOQUIA. Decía que estrechando la unión de los fieles con Cristo, estrecha también la de los fieles entre sí (6). Es el elemento aglutinante que traba los diversos elementos de la estructura.

Una sincera acentuación de la vinculación con Cristo lleva a la consecuencia lógica de San Ignacio. Por eso también SAN CIRILO confiaba entusiasmado, con la ilusión del que se siente vinculado a algo que trasciende lo contingente. En su problemática no cabe la angustia de lo incierto. Porque Cristo es indivisible. Y sus miembros, mientras sean miembros de Cristo, son también inseparables (7).

Por un aumento de caridad

Y porque la Eucaristía es además el Sacramento de la Caridad. En esa at-



mósfera lo envolvió Cristo. Habló, al fundarlo, de un amor hasta el fin.

Y porque también es el Sacramento del desinterés. Y de la entrega abierta y generosa.

Por todo esto, resulta trágicamente absurdo, lo dice SAN JUAN CRISOSTOMO, "gustar la Sangre del Señor y a pesar de ello, no reconoce al hermano" (8).

No se propugna una utópica identidad absoluta.

San Pablo afirma que en la estructura así organizada, es necesaria cierta desigualdad funcional o ministerial que satisfaga las diversas exigencias de la estructura "para la construcción del Cuerpo de Cristo" (9).

Diferencias, que no justifican su traducción en egoístas desprecupaciones o mutuas ignorancias. Teodoreto de Ciro veía el cumplimiento de la profecía de Isaías "pacerá el lobo junto al cordero" (116), en la común participación de las diversas clases sociales en la Mesa Eucarística (10). El más espontáneo de los efectos de lo que San Agustín llamó *vinculum charitatis*.

Ahora nos resultaría extraño. Tan extraño, como incomprensible parecería entonces, nuestro malabarístico escamoteo de rencores. Las Constituciones Apostólicas hacían preguntar al diácono antes de administrar la Eucaristía: "¿Alguien tiene algo contra alguien?". Inmediatamente mandaba a los hombres saludarse entre sí y tam-

bién a las mujeres con el beso del Señor".

Otra expresión de la caridad eucarística en la Iglesia primitiva eran los "ágapes". Pero lo que debió ser símbolo de unidad, se convirtió en motivo de rencores, de desintegración. Y San Pablo censuró por ineficaz, contraproducente e inoportuno, lo que quizá para otros, de espíritu poco profundo y mentalidad rutinaria, seguía siendo una piadosa costumbre.

Datos de la historia

Paralelamente la Historia ha ido haciendo cosa, encarnando en la vida, este esquema dogmático.

Inocencio I (11), enviaba a las Iglesias de Roma partículas del pan por él consagrado. Porque la Eucaristía representaba en la Iglesia el más apasionante de los símbolos de su unidad, de su Koinonía.

En aquel vertiginoso y laberíntico entrecruzarse de herejías y cismas, comunión y excomunión eran la expresión dirimente de la pertenencia a la Iglesia. Por eso cada Obispo repasaba con celo el catálogo de las Iglesias que comulgaban con él. Y para conservar la adhesión de sus fieles peregrinos, les proveía de un documento que aseguraba su *communio*, o, como permitía Anastasio Sinaíta, el cristiano llevaba la Eucaristía en su viaje, si este tenía que ser entre disidentes (12). Esa recepción eucarística, era la mejor garantía y la mejor esperanza que tenía la Iglesia de la perseverancia en la *communio* de sus peregrinos.

La participación en la Eucaristía sin una correspondencia en la ideología y en el amor era incomprensible.

La ridícula, pero significativa aberración de Macedonio de Constantino-

- (1) Agust. com. a Juan Tr. 26 n. 13.
- (2) Manjares inmolados a los dioses antes de ser comidos o ponerse en venta.
- (3) I Cor 10¹⁷
- (4) Expresa un concepto extraordinariamente denso. Es la comunión, comunidad, sociedad, vínculo con alguna persona. parentesco, consorcio y participación en algo que se tiene o se ejecuta.
- (5) I Cor. 10¹⁷
- (6) Carta a Filadelf. M. G. 5.700.
- (7) Com. a Juan L. II c. 11.
- (8) Homilía 27.
- (9) Ef. 4¹²
- (10) Com. a Is. MG 81-316 A-B.

- (11) EUSEBIO, Historia Ecl. 5, 24, 15.
- (12) Quest. 113.

pla, es de un espléndido contenido psicológico. Creía en la fatal e irremisible incorporación a la fe, aun cuando la recepción eucarística careciese de las más elementales condiciones para ser acto humano. Por eso forzaba a los cristianos, y abriéndoles materialmente la boca con la violencia, les obligaba a recibir la Eucaristía. Creía hacerlos, de este modo, súbditos de su secta (13).

La aberración es cierto que nada prueba; y la caricatura no puede tomarse como reflejo auténtico de lo real. Pero el ambiente que hace posible esa aberración es un índice claro de lo que en ella hay de traducible.

Conclusiones

Un Congreso Eucarístico siempre será un acontecimiento nacional.

En todo acontecimiento de esta trascendencia, se esperan ver realizadas sus más auténticas significaciones.

Por eso serían tristes las desvitalizadas actitudes ambiguas, que en tales circunstancias, coquetean entre lo turístico, lo religioso y lo exhibicionista.

Ignorar la misión específica de la Eucaristía en un Congreso sería exponerlo a la contingencia de lo inoportuno y contraproducente.

La Eucaristía ha sido siempre el más exacto símbolo de unión. Los Congresos el más representativo signo del esfuerzo por la unidad en nuestro siglo.

Por tanto, un Congreso Eucarístico, debe ser, por Congreso y por Eucarístico, un doble esfuerzo por reponer y reafirmar esa unidad, sobre todo, en los sectores que se sientan más desvinculados.

Un Congreso Eucarístico podrá tener una orientación particular determinada. Pero siempre brotará de él su más inseparable efecto, su significación más espontánea: un mayor amor a la Eucaristía y un más sincero amor entre los hombres.

Amor a la Eucaristía que es algo distinto de respeto. Ansia por una incorporación vivificante de la Eucaristía a todas las manifestaciones de la vida propia. Actualización trascendente de la creencia en un Cristo Dios, hermano, amigo y huésped entre los hombres.

Y amor entre esos hombres, más auténtico que la exacta observancia de formas compatible con la despreocupación y la ignorancia mutua.

El amor así postulado, se traduciría en una más sincera comprensión por los problemas de los débiles. Y un más eficaz interés por resolver las necesidades de los miembros nuestros, Cristos vivos, a quienes ha correspondido la difícil misión de testificar al Cristo eterno en el dolor y la desgracia.

(13) SÓCRATES HistEcl. 2, 38.